

atormentar más que la misma muerte, y causa un modo de temblor y espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía. Este temor acometió á Cristo como un ejército de soldados innumerables, imaginando tantos temores como fueron después los tormentos; porque tuvo temor de la prisión, de las injurias de aquella noche, de los azotes, de la corona de espinas, de la cruz y clavos, y hasta de la lanzada que le habían de dar después de muerto. Todos estos temores tomó de su voluntad para afligirse con ellos y mostrar su fortaleza en resistirlos, sin volver por su causa atrás de lo comenzado. El tedio fué un enfado y desgana de todas las cosas de este mundo, no hallando en la tierra cosa que le diese gusto, consuelo ó alivio; y hasta de la misma vida, como otro Job, tenía tedio, viéndola cercada de tantos males y peligros; con lo cual pagaba los tedios que tú tienes de las obras de virtud y las desganas de sufrir lo amargo de ella. La tristeza fué un pesar y aflicción interior de los males que miraba como presentes, contrarios á la inclinación natural de su carne; y como los trabajos eran muchos y muy terribles, y la aprensión de todos ellos muy viva, y los aprendía como inevitables, según la divina ordenación, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida; y esta tristeza también le embistió como otro ejército de soldados terribles, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, desamparado y perseguido. ¡Oh alma! ¿Comprendes las aflicciones interiores que por ti ha aceptado Jesús? Y tú, ¿no querrás sufrir algo por Él? ¡Oh alegría de los ángeles! ¿Por qué os sujetáis á tantas tristezas? ¡Ah! Es que queréis convertir vuestros gozos en penas, para convertir mis penas en gozos celestiales. Alábenos los ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogisteis para Vos la tristeza, para llenarme á mí de alegría. Concededme, Señor, tal esfuerzo en vuestro servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tedio me oprima ni la tristeza me consuma.

Epílogo y coloquios. ¡Qué enseñanzas tan sabias y prácticas nos da Jesús, al dar principio á su Pasión! ¡Cuán bien descubre la infinita caridad que le mueve en cada uno de los pasos de ella! Llegado el momento señalado por su Padre, sale del cenáculo acompañado de sus amados Apóstoles, para dirigirse al lugar en donde acostumbraba hacer su oración, mientras ellos descansaban tranquilos, confiados en la vigilancia de su Maestro. No ignora Jesús los pasos que está dando Judas, y que allí ha de ir á encontrarle; pero Él no deja por ningún temor humano sus santas costumbres; no quiere que el piadoso israelita que con tanta generosidad ha franqueado su cenáculo, sufra ningún disgusto si la prisión se hiciera en él; y, además, quiere que la redención del mundo empiece en un huerto, como en otro había principiado su perdición. ¡Oh bondad de Jesús! ¡Cuán digna eres de alabanza! Miremos á Jesús; llega ya al huerto, y antes que

sus enemigos le atormenten, comienza Él á afligirse voluntariamente. Privase de todo consuelo sensible, no consintiendo que ni del interior del espíritu ni de las cosas exteriores reciba su alma alivio alguno; y hace que le asalten furiosamente todos los afectos opuestos. Su temor es pavoroso, su tedio y desgana de todas las cosas es sin igual, y su tristeza es tal, que bastaría para quitarle repentinamente la vida. Penetremos en el amante Corazón de Jesús, y cotejándole con el nuestro tan delicado, preguntémosle: ¿Hemos abandonado por tibieza nuestras buenas prácticas? ¿No sentimos tristeza de los pecados que tanto afligen á Jesús? ¿No trabajaremos por aliviar el dolor de nuestro divino Maestro? ¿Qué nos conviene hacer para esto? Meditémoslo, propongamos y pidamos por nosotros y por los demás.

23.—CAUSAS DE LA TRISTEZA DE CRISTO EN EL HUERTO.

PRELUDIO 1.º Jesús quiso padecer mortal tristeza recordando los pecados del mundo, el poco fruto de su Pasión y las penas de sus escogidos, y la manifestó á sus Apóstoles.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús con semblante afligido, diciendo á sus Apóstoles que está triste hasta la muerte.

PRELUDIO 3.º Pide dolor y sentimiento de tus pecados, que fueron causa de la tristeza de Jesús.

Punto 1.º Jesús padece tristeza, considerando el poco fruto de sus trabajos y los muchos pecados del mundo.—Considera en este primer punto dos causas que acumuló Jesucristo para moverse á la tristeza mortal que padeció en el huerto. Una fué la consideración del poco provecho que habían de hacer en muchos hombres los medios de su encarnación, Pasión y muerte, los sacramentos y sacrificios, la doctrina y ejemplos de su vida; y en todo esto ponderaba la terrible ingratitud de ellos, su ceguedad, dureza y rebeldía en desechar estos bienes que tan á su costa les ofrecía; por lo cual, con efecto, muchos se habían de condenar. Otra fué, que, no sólo no habían de sacar provecho de su redención, sino que habían de corresponder á sus favores con enormes é innumerables pecados, y aquí los traía todos á la memoria con la más viva aprensión, así los pasados, como presentes y por venir; los tenía presentísimos, y con grande evidencia conocía y pesaba tres cosas que hay en ellos muy terribles; es á saber: su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita, por la injuria que con ellas se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos á los terribles tormentos del infierno. Todo esto le causó terrible tristeza, y la tomó de buena gana; lo uno, para suplir la falta de tristeza que los hombres tienen de su tibieza y pecados; y lo otro, para librarlos de la eterna tristeza que por ellos merecían. Imagínate á ti mismo dentro de la memoria y Corazón de Cristo

nuestro Señor, y mira cómo está contemplando tus pecados y tibiezas, y cómo con ellas le causas tristeza y desconsuelo terribles; por lo cual te has de entristecer, ponderando, cómo Jesucristo, las tres cosas dichas; es á saber: la muchedumbre de tus culpas, su gravedad, y la pena eterna que por ellas merecías; y procurando aborrecer el pecado, pues tan grande mal es, que basta su consideración para causar á Cristo tal tristeza. ¡Oh Padre eterno! Yo os ofrezco esta tristeza y dolor de vuestro Hijo unigénito en satisfacción de mis muchos y graves pecados. Pésame de haberlos cometido; mas porque mi pesar y tristeza es muy pequeña, yo la junto con la suya, por la cual os pido aumentéis la mía, para que pague con esta pena lo que debo por mi culpa.

Punto 2.º *Jesús se entristece por lo que habrán de padecer sus escogidos.*—Considera aquí otra de las causas más eficaces de la tristeza de Jesús en el huerto, que fué la consideración de todos los trabajos y tristezas que habían de padecer sus escogidos y todos los justos por su causa, las cuales tenía presentísimas, y las sentía como si Él mismo las padeciera, porque los tenía unidos consigo con entrañable amor y caridad, y quien tocaba á uno de ellos, tocaba á las niñas de sus ojos¹, porque más unidos estaban con su corazón que la niñeta con el ojo. Allí sentía las aflicciones de los Apóstoles y mártires; las persecuciones de los doctores y ministros del Evangelio; las tentaciones que padecieron los confesores y vírgenes, y las tristezas y desconsuelos de los justos atribulados; y allí tenía también presentes tus tribulaciones y tentaciones, tus temores y tristezas; y, compadeciéndose de ti, se entristecía por ellas, queriendo, por este afecto de compasión, padecer lo mismo que tú padeces, obligándote á que tú, con el mismo afecto, padezcas lo que Él padeció. Á estas causas generales de la tristeza de Jesús se pueden añadir otras particulares, cuales son la perdición de aquel pueblo hebreo, que había escogido por suyo, y la ingratitud que mostraba en quitarle la vida. Además, la condenación y perdición de Judas, viendo que el demonio se le quitaba y arrebataba de su escuela, porque si un hombre siente grande dolor y tristeza cuando le cortan un miembro que está unido con todo el cuerpo, también Cristo sentía en su corazón todos los empujones y vaivenes del demonio, con que le cortaba ó arrancaba aquel miembro de su cuerpo místico, que era como atravesarle las entrañas y arrancarle al que tenía metido dentro de ellas. También sintió viva pena por el escándalo y abandono de sus discípulos, y otras varias. ¡Oh mi buen Jesús! Si por todos los que se han apartado de vuestra amistad pasáis tristeza, ¡cuán innumerables tormentos de estos padeciais por junto, teniendo presentes las caídas de tantos justos que el demonio arrebataba para sí! Doleos, Señor,

¹ Zachar., II, 8.

de mí, que también me ha engañado el enemigo, y no permitáis que sea jamás apartado de Vos. ¿No acompañamos á Jesús en su tristeza? ¿Qué debemos hacer para aliviársela?

Punto 3.º *Jesús manifiesta á sus discípulos la tristeza que siente.*—Considera cómo Jesús, habiéndose separado de los Apóstoles, y quedándose con sólo los tres más queridos, Pedro, Santiago y Juan, declaró á éstos su aflicción, diciéndoles con semblante demudado¹: «Triste está mi alma hasta la muerte; esperadme aquí, y velad conmigo». Que fué como decir: Mi alma está triste con una tristeza cual se padece en las agonías de la muerte, y tan grande, que bastara á causarme la muerte, si no guardara la vida para padecerla más cruel; y será tan larga, que durará sin cesar hasta el instante de la muerte, despidiéndome de tener más alegría mientras viviere en esta vida mortal. Esta dolorosa revelación quiso el Señor hacer á sus Apóstoles, primeramente porque, como esta tristeza era interior, era necesario que Él nos manifestara su grandeza, para que conociésemos lo mucho que por nosotros padecía, y se lo agradeciésemos, y nos alentásemos á imitarle en ello; así como en la cruz dijo, «sed tengo»², para que se supiese aquel trabajo que en secreto padecía por nuestra causa. En segundo lugar, para mostrar que era hombre, y que se sujetaba á tristezas y temores, y, como tal, se consolaba con sus amados discípulos, descubriéndoles su aflicción, para que se compadeciesen de Él y le consolasen, y por esto les dijo: «Velad conmigo y hacedme compañía». Los Apóstoles á quienes declaró su tristeza fueron los mismos á quienes se había manifestado en el Tabor³, hermoso, resplandeciente y transfigurado, para que, viendo por una parte la gloria de que se privaba, y por otra la aflicción que aceptaba, conociesen y testificasen la infinita caridad que nos tuvo; y también para que se conozca que los regalos que Dios concede á las almas, sus queridas en este mundo, no son para que paren y se complazcan en ellos, sino para prepararlas á mayores trabajos. ¡Oh consuelo de los desconsolados! ¿Quién os ha sujetado á pedir consuelo á vuestras criaturas? Mis pecados han hecho esto, y el deseo que tenéis de mi consuelo, comprándole con el precio de vuestros desconsuelos. Por esta tristeza mortal que os aflige, haced que todo mi consuelo sea llorarlos amargamente todos los días de mi vida. ¡Oh alma fiel! Viendo la tristeza á que se sujeta Jesús, ¿querrás todavía consuelos en esta vida? ¿No procurarás consolarte con la compasión de Jesús y con el odio al pecado?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán graves han de ser los motivos que causen tristeza mortal al que es la misma alegría por esencia! Jesús se entristece. ¿Por qué? Está previendo el poco fruto que la mayor parte de los hombres han de reportar por

¹ Matth., xxvi, 38.—² Joan., xix, 28.—³ Matth., xvii, 2.

su culpa de la Pasión y muerte á que voluntario se sujeta. Está mirando la ingratitud de los mortales, que, no sólo no querrán aprovecharse de los medios de salvación que pone en sus manos, sino que pretenderán con nuevos pecados aumentar, si les fuese posible, sus dolores y penas; y ve que estos pecados son innumerables y gravísimos, y que por ellos han de ser eternamente atormentados los que los cometen. Él contempla en lo porvenir todo cuanto han de padecer sus discípulos por conservar su fe, por extender su religión y por no apartarse de su amistad. Y al ver Jesús todo esto, su Corazón paternal se conmueve, su espíritu se nubla, y sus entrañas se conturban. Mira, además, la perdición del pueblo hebreo, el escándalo y dispersión de sus discípulos, la pena de su afligida Madre, la condenación de Judas. ¡Oh Jesús amantísimo! Desahogad vuestro Corazón; descubrid vuestra tristeza á vuestros más íntimos amigos, y de este modo disminuirá. Oigámosle cómo habla: «Triste está mi alma hasta la muerte»; tal y tanta es mi tristeza, que bastaría para causarme la muerte, y durará hasta que dé el último suspiro en la cruz. ¿Quién, al oír estas alictivas palabras de Jesús, querrá consuelos y alegrías? Si Él está triste por nuestros pecados y tibiezas, ¿cómo nosotros, que los hemos cometido, no nos entristecemos? ¿Qué pensamos hacer en adelante? ¿Seguiremos en nuestra flojedad y en nuestras culpas, afligiendo al amantísimo Corazón de Jesús? No seamos tan crueles con un Padre que tanto nos ha amado; propongamos aliviar con el ejercicio fervoroso de las virtudes la tristeza que le han causado nuestras tibiezas y pecados; supliquémosle nos ayude á poner en práctica nuestras resoluciones, y nos asista en todas nuestras necesidades.

24. — ORACIÓN DE CRISTO EN EL HUERTO.

PRELUDIO 1.º Viéndose Jesús acometido de la tristeza, se retiró de sus discípulos, y, postrado en tierra, se entregó á fervorosa oración.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús postrado en tierra y orando.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús la gracia de imitarle en la oración.

Punto 1.º *Jesús encarga á sus Apóstoles la oración, y se retira de ellos para hacerla.*—Hallándose Jesús sumido en la tristeza, y viendo que también sus Apóstoles estaban tristes, les dijo ¹: «Velad conmigo y orad, porque no entréis en tentación»; y tomando para sí el mismo consejo, se apartó de ellos como un tiro de piedra para orar. Acerca de esto has de considerar cómo Jesús con su palabra y ejemplo te enseña que el remedio de las tristezas no es hablar, y enternecerse con los hombres, que no

¹ Matt., xxvi, 41; Luc., xxiii, 40; S. Thom.

pueden dar consuelo cordial, sino hablar con Dios en la oración, á quien has de acudir como á principal consolador, el cual te puede quitar la tristeza ó moderarla, como más te conviniere, como de sí lo dice David ¹: «Mi alma rehusó ser consolada, acórde-me de Dios, y alegróse mi corazón». También te avisa el Señor que el único y eficaz medio para no caer en las tentaciones y no perecer en los peligros, es la oración, á la cual has de acudir con más fervor cuando te halles más cerca de ellos. Pero no dice, orad para que no seáis tentados; sino, orad para que no caigáis en la tentación y os anegéis en ella; porque muchas veces nos conviene ser tentados y afligidos; pero la oración sirve para que no caigamos en ella, ó, si cayéremos, no perezcamos del todo; sino que nos levantemos con el fervor que nos dará Dios para ello. Pondera particularmente aquella palabra: «Velad conmigo»; esto es: en mi compañía, y como Yo velo, imitándome á Mí, en lo cual claramente da á entender que Él vela con los que velan, y ora con los que oran; y los que velan y oran, hacen esto con Él, teniéndole por maestro, por compañero y ayudador. Meditando todo esto, has de confundirte al recordar que en tus tristezas y tentaciones, olvidándote del aviso del Señor, has buscado con grande inquietud el consuelo en los hombres, y apenas te has acordado de Dios; por cuyo motivo has tenido que lamentar tristes caídas; y cuando has orado, ha sido con tal tibieza y distracción, como si no estuviera Dios contigo. ¿Cómo te portarás en adelante en tus tristezas y peligros? ¿Procurarás guardar la presencia de Dios en tu oración? ¡Oh dulcísimo Jesús! ¿Cómo no gustaré yo de velar y orar, sabiendo que Vos estáis siempre en mi compañía? Ayudadme para que siempre vele con Vos, gastando los días en trabajar y las noches en orar, y días y noches en obedecer á quien siempre veló, oró y trabajó por mi amor.

Punto 2.º *Cualidades de la oración de Jesús.*—Considera cómo Jesús, llegando al lugar de la oración, hincó ambas rodillas y postróse, pegando su rostro con la tierra, y puesto así, dijo ²: «Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz; pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Vos queréis». Que fué decir: Padre mío, si es hacedero, salvo el decreto de vuestra justicia, que pase de Mí el cáliz de esta pasión sin que le beba, concedémelo; pero no se haga lo que mi voluntad natural desea conforme á su inclinación, sino lo que fuere vuestra voluntad, porque ésta quiero que sea preferida á la mía. ¡Oh! ¡Qué modelo de oración la más perfecta! Ella reunió las más excelentes cualidades que han de acompañarla. Lo primero, fué retirada y sola, quitando todas las ocasiones de divertirse para hablar á solas con Dios, rompiendo violentamente con la inclinación na-

¹ Psalm. lxxvi, 3. — ² Matth., xxvi, 42.

tural de estar con sus discípulos para consolarse con ellos en la tristeza. Lo segundo, fué con profunda reverencia y humildad interior y exterior, nacida de la grande estima que Jesús tenía de la divina Majestad, y del conocimiento de la bajeza de su humanidad en cuanto criatura, y de la necesidad en que estaba. Lo tercero, fué acompañada de grande confianza y amor, lo cual declara aquella palabra: «Padre mío». Otras veces le llama sólo Padre; pero esta vez «Padre mío», dando muestras de aumentar la confianza y amor con quien era particularmente Padre suyo, no por adopción, sino por naturaleza. Lo cuarto, fué con grande abnegación de la propia voluntad, y resignación en la divina, porque los trabajos eran terribles, la inclinación natural de huir de ellos era grande, la congoja interior muy crecida, y así resignarse en esta ocasión á lo que Dios quería, fué acto de heroica virtud. Considerando todo esto, humíllate al ver la falta que tienes de estas virtudes, y propón, para cuando te halles en algún trabajo, decir esta misma oración con el espíritu que Jesús la dijo. ¡Oh Padre mío muy amado! Mirad que la tristeza no pocas veces me aflige, y el demonio me persigue, y las pasiones quieren enseñorearse de mí! Si es posible, pase de mí este cáliz de amargura que me atormenta; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis. ¿Oramos nosotros en nuestras necesidades con la humildad, confianza, recogimiento y resignación que Jesús? ¿En qué cosas debemos corregirnos?

Punto 3.º *Perseverancia de Cristo en su oración.* — Considera aquí otra cosa muy señalada de esta oración de Cristo nuestro Señor, que fué ser larga; porque no has de pensar que duró solamente el tiempo que gastó en decir estas tres palabras, sino por lo menos duró una hora, como se colige de la amorosa reprehensión que dirigió á san Pedro, diciéndole: «¿No habéis podido velar conmigo una hora?» Este tiempo gastó Cristo pensando las cosas que le movían á la reverencia, confianza, amor y resignación, y á los demás afectos que ejercitó en su oración. También pasaría por la memoria todas las partes de su cáliz, conformándose particularmente en cada una de ellas, como si dijera: Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz de la tristeza; pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú; si es hacedero, pase de Mí el cáliz de las prisiones, de los azotes, de la corona de espinas, etc.; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Puédese también creer que en esta hora diría esta oración en otros sentidos, que refieren los santos haberla dicho, como en el que santa Catalina de Sena supo por revelación, que Cristo nuestro Señor, con las ansias de padecer para concluir la redención del mundo, pidió que, si era posible, se abreviase y pasase de presto la bebida de aquel cáliz; en lo cual fué oído, porque en pocas ho-

¹ Matth., xxvi, 40.

ras se terminó el negocio de su Pasión. A imitación de Jesús, has de gastar una hora ó más en oración recogida, de modo que, aun que el tema ó materia de ella sea una breve sentencia, pero la variedad de consideraciones y afectos la puede alargar mucho, como se dice de san Francisco, que gastaba toda la noche en oración, diciendo solamente: «Dios mío y todas mis cosas», ó, como decía san Agustín hablando con Dios: «Conózcame á mí y conózcate á Ti». ¡Oh Maestro soberano! Pues que en la oración habéis querido vincular todas las gracias y que me vea libre de mis miserias, pídoos encarecidamente que me enseñéis á orar. Sea mi oración como la vuestra, humilde, retirada, confiada y resignada, y haced que persevere en tan santo ejercicio hasta obtener lo que pretendo, á fin de que Vos seáis en mí glorificado, y yo sea por Vos remediado.

Epílogo y coloquios. ¡Qué Maestro tan sabio y caritativo tenemos en Jesucristo nuestro Señor! En medio de sus tristezas y agonías, no se olvida de darnos altísimas y prácticas enseñanzas. Se arranca violentamente de la compañía de sus queridos Apóstoles, después de haberles encargado la vigilancia y oración, para vencer las tentaciones que les iban á asaltar. Así te enseña que el medio para calmar tu tristeza no es hablar con los hombres, sino conversar con Dios; que el antídoto y arma poderosa contra los peligros y tentaciones es la oración. ¡Dichoso tú si sabes aprender perfectamente la lección que te enseña el Señor! Mas, ¿cuál ha de ser tu oración? ¿Qué cualidades ha de reunir para que merezca ser presentada delante del trono de Dios y logre favorable acogida? Mira á Jesús separado de sus Apóstoles, postrado en el suelo, cosida su frente con el polvo; oye las palabras que salen de sus labios: «Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». ¡Qué recogimiento y retiro! ¡Qué humildad! ¡Qué confianza! ¡Qué resignación! Así permanece quizá más de una hora, rumiando las mismas palabras, buscando nuevos motivos de confianza y resignación, y extendiéndolas á todos y á cada uno de los dolores de su Pasión, que tenía tan presentes como si ya los estuviese pasando. ¡Oh! ¡Si en tus oraciones supieses imitar á tu dulce Salvador! ¡Si acompañasen á tu oración las virtudes que ostenta Jesús en la suya! ¿Qué responde á esto tu corazón? ¿Adónde acudes y de qué medios te vales para pelear contra tus tentaciones y tristezas? ¿Es tu oración humilde, confiada y perseverante? ¡Ah! ¡Te quejas de no alcanzar lo que deseas! Quéjate más bien de ti mismo, que no oras como debes; y para poner un eficaz remedio á ese tu abandono, haz propósitos, pide gracias, y ruega por todo el mundo.